

## XXIII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MARTEL"  
1935 MONTERREY, MEXICO

Macquart no encontró en su domicilio al doctor Pourquoi, que no llegó hasta las doce y media. Toda la casa estaba aún en pie. Sólo Rougon no se había movido de la cama; las emociones le mataban—decía.—Felicidad, sentada en la misma silla, a la cabecera de Marta, se levantó para salir al encuentro del médico.

—¡Ah, querido doctor! Estamos muy inquietos—murmuró.—La pobre no ha hecho un movimiento desde que la hemos tendido ahí... Tiene ya frías las manos; las he tenido inútilmente entre las mías.

El doctor Pourquoi miró atentamente el rostro de Marta; después, sin examinarla más, permaneció en pie, frunciendo los labios, y haciendo un vago ademán.

—Mi buena madame Rougon—dijo.—Necesita usted mucho valor.

Felicidad prorrumpió en sollozos.

—Esto es el final—continuó en voz más baja.—Hace mucho tiempo que espero este triste desenlace, debo confesarlo hoy. La pobre madame Muret tenía los pulmones atacados, y en ella la tisis se complicaba con una enfermedad nerviosa.

Se había sentado, conservando en la comisura de los labios una sonrisa de médico bien educado, que se muestra cortés aun frente a la muerte.

—No se desesperé usted, no se ponga mala, querida señora. La catástrofe estaba prevista, y cualquier circunstancia podía apresurarla. La pobre madame Mouret debía de toser de joven, ¿verdad? Creo que ha llevado muchos años los gérmenes del mal. En estos últimos tiempos, hace tres años sobre todo, la tisis hacía progresos horribles. ¡Y qué piedad! ¡Qué fervor! A mí me conmovía el verla irse tan santamente... ¿Qué quiere usted? Los designios de Dios son inescrutables, y muchas veces la ciencia es impotente.

Y al ver que madame Rougon seguía llorando, le prodigó los más tiernos consuelos, y se empeñó en que tomase una taza de tila para calmarse.

—No se torture usted, se lo ruego—repetía.—Le aseguro a usted que ella ya no siente mal; va a dormir así tranquilamente y no recobrará el conocimiento sino en el momento de la agonía. Por otra parte, yo no la abandono a usted; me quedo aquí, aunque ahora todos mis cuidados son inútiles. Me quedo como amigo, querida señora, como amigo, ¿oye usted?

Se instaló cómodamente para pasar la noche en un sillón. Felicidad se apaciguaba un poco. Habiéndole dado a entender el doctor Porquier que no quedaban a Marta más que unas horas de vida, se le ocurrió enviar por Sergio al seminario, que estaba próximo. Cuando rogó a Rosa que fuese, la criada se negó en el primer momento.

—¿Quiere usted matar así al pobre chico?—dijo.—Le daríamos un golpe demasiado fuerte, despertándole a media noche para traerle a ver una muerta... Yo no quiero ser su verdugo.

Rosa guardaba rencor a su ama. Desde que es-

ta agonizaba, la cocinera giraba en torno del lecho, furiosa, empujando las tazas y las botellas de agua caliente.

—¿Tiene atadero hacer lo que ha hecho la señora? No es culpa de nadie si ha ido a buscar la muerte junto al señor. Y ahora toda ha de estar patas arriba, y nos hace llorar a todos... No, no quiero que obliguen al niño a despertar sobresaltado.

Sin embargo, acabó por ir al seminario. El doctor Porquier se había acomodado ante el fuego; con los ojos medio cerrados, continuaba prodigando palabras consoladoras a madame Rougon. Un leve estertor comenzaba a levantar el pecho de Marta. El tío Macquart, que no se había presentado hacía dos horas largas, empujó suavemente la puerta.

—¿De dónde viene usted?—le preguntó Felicidad llevándolo a un rincón.

Respondió que había ido a llevar la tartana y el caballo a la posada de los Tres Pichones. Pero tenía tan vivos ojos y un aspecto solapado tan diabólico, que Felicidad se sentía asaltada por mil sospechas. Olvidó a su hija moribunda, olfateando una pillería que debía de tener interés en saber.

—Cualquiera diría que ha seguido y acechado usted a alguien—repuso al ver su fangoso pantalón.—Usted me oculta algo, Macquart. Eso no está bien. Siempre hemos sido buenos con usted.

—¡Oh! Buenos—murmuró el tío riendo,—porque usted lo dice. Rougon es un majadero; en el asunto del campo de trigo ha desconfiado de mí, me ha tratado como al último mendigo... ¿Dónde está Rougon? ¿Se duerme, verdad? Poco le importa el interés que uno se toma por la familia.

La sonrisa con que acompañó estas últimas pa-

labras inquietó vivamente a Felicidad. Le miró de frente.

—¿Qué interés se ha tomado usted por la familia?—dijo.—No se referirá usted a haber traído a la pobre Marta de las Tullettes... Además, le repito, todo esto es muy extraño. He preguntado a Rosa, y parece que tenía usted la idea de venir aquí derechito. También me asombra que no haya llamado usted más fuerte en la calle Balande; habrían abierto... No es que me disguste ver a la niña en mi casa; al menos, morirá entre los suyos, no verá al lado más que caras amigas...

El tío pareció muy sorprendido; con aire inquieto interrumpió:

—Creí que estaba usted muy bien con el Padre Faujas.

Felicidad no respondió; se acercó a Marta, cuyo estertor era más doloroso. Cuando volvió, vió que Macquart, levantando la cortina, parecía interrogar a la noche, frotando con la mano el húmedo cristal.

—No se vaya mañana sin hablar conmigo—le encargó.—Quiero poner esto en claro.

—Como usted quiera—respondió él.—No sabe uno a qué carta quedarse con usted. ¿Quiere usted a las personas, no las quiere? A mí me tiene sin cuidado; yo voy siempre por mi buen caminito.

Evidentemente, le había contrariado el saber que los Rougon no hacían ya causa común con el Padre Faujas. Golpeaba los cristales con la yema de los dedos, sin separar la vista de la negra noche. De pronto, un gran resplandor enrojeció el cielo.

—¿Qué pasa?—preguntó Felicidad.

Macquart abrió la ventana y miró.

—Parece un incendio—murmuró tranquilamente.—Es detrás de la subprefectura.

La plaza se llenaba de ruido. Un criado entró

asustadísimo, diciendo que acababa de pegarse fuego en la casa de la hija de la señora. Creíase haber visto al yerno de la señora el que habían tenido que encerrar, paseándose por el jardín con una antorcha encendida. Lo peor era que se desesperaba de salvar a los inquilinos. Felicidad se volvió vivamente y reflexionó un minuto más, con los ojos fijos en Macquart. Por fin comprendía.

—Nos había prometido usted—dijo en voz baja,—que nos dejaría en paz, cuando le instalamos en su casita de Tullettes. Sin embargo, nada le falta a usted; está usted como un verdadero rentista... ¡Es vergonzoso! ¿Oye usted? ¿Cuánto le ha dado a usted el Padre Fénil por abrir la puerta a Francisco?

Macquart se enfadó, pero ella le hizo callar. Parecía mucho más inquieta por las consecuencias del asunto que indignada por el crimen.

—¡Y qué abominable escándalo si llegase a saberse!—continuó.—¿Le hemos negado algo alguna vez? Mañana hablaremos otra vez de ese dichoso campo... Si Rougon supiera una cosa así, se moriría de pena.

El tío no pudo menos de sonreír. Se defendió con más violencia, juró que no sabía nada, que en nada se había metido. Después, como el cielo se abrasara más, y hubiera bajado ya el doctor Porquier, el tío salió de la alcoba, diciendo con curiosa prisa:

—Voy a ver.

El señor Péqueur des Saulaies era el que había dado la alarma. Había habido reunión en la subprefectura. Se acostaba cuando a la una menos minutos, vió un singular reflejo rojo en el techo de su habitación. Acercóse a la ventana y quedó sorprendidísimo al ver arder gran fuego en el jardín de los Mouret, en tanto que una sombra

que al pronto no conoció, bailaba en medio de la humareda blandiendo una rama encendida. Casi en seguida salieron llamas por todos los huecos de la planta baja. El subprefecto se apresuró a ponerse de nuevo el pantalón; llamó al criado, y mandó al portero en busca de los bomberos y de las autoridades. Luego, antes de dirigirse al lugar del siniestro, acabó de vestirse, asegurándose ante el espejo de la corrección de su bigote. Fué el primero en llegar a la calle Balande. Esta estaba por completo desierta. Dos gatos la cruzaban corriendo.

—¡Se van a dejar tostar como las chuletas ahí dentro! — pensó el señor Péqueur des Saulaies asombrado al ver el pacífico sueño de la casa, desde la calle, en la que no se veían llamas aún.

Llamó violentamente, pero no oyó más que el ronquido del incendio, en el hueco de la escalera. Entonces llamó a la puerta de los Rastoil. Allí se oían penetrantes gritos, acompañados de pisadas, de crujidos de puertas, de llamadas en voz baja.

—¡Aurelia, tápate los hombros!—gritaba la voz del presidente.

El señor Rastoil se precipitó a la acera, seguido de su esposa y de la menor de sus hijas, la que no había casado aún. Aurelia, en su precipitación, se había echado sobre los hombros un gabán de su padre que le dejaba desnudos los brazos; cuando vió al señor Péqueur des Saulaies, se puso coloradísima.

—¡Qué horrible desgracia!—balbuceaba el presidente.—Todo va a arder. La pared de mi cuarto está ya caliente. Puede decirse que las dos casas no forman más que una... ¡Ah, señor subprefecto, ni he tenido tiempo de sacar los relojes! Hay

que organizar los socorros. No podemos perder los muebles en unas horas.

Madame Rastoil, medio vestida con una bata, lloraba el mobiliario de su salón, que precisamente acababa de ser retapizado. Entre tanto, algunos vecinos habían salido a las ventanas. El presidente les llamó y comenzó a desalojar su casa; particularmente, se encargaba de los relojes, que depositaba en la acera de enfrente. Cuando sacaron los sillones del salón, hizo sentar a su mujer y a su hija, en tanto que el subprefecto se quedaba al lado de ellas para tranquilizarlas.

—Tranquílícense, señoras—decía.—Las bombas van a llegar, y el fuego será vigorosamente atacado. Creo poder prometerles que su casa se salvará.

Las ventanas de Mouret reventaron y las llamas aparecieron en el primer piso. Bruscamente quedó alumbrada la calle por gran resplandor; estaba tan claro como en pleno día. Un tambor, a lo lejos, pasaba por la plaza de la subprefectura. Corrían hombres, se organizaba una cadena; pero faltaban cubos y la bomba no llegaba. En medio del azoramiento general, el señor Péqueur des Saulaies, sin separarse de las señoras de Rastoil, daba órdenes en voz alta.

—¡Dejad el paso libre! ¡La cadena está allí demasiado apretada! ¡Poneos a dos pies unos de otros!

Después, volviéndose a Aurelia, con voz dulce:

—Mucho me sorprende que no esté aún aquí la bomba... Es una bomba nueva, y ahora mismo la van a estrenar... Yo he enviado en seguida al portero. También debe de haber ido a la gendarmería.

Los gendarmes fueron los primeros en llegar; contuvieron a los curiosos, cuyo número aumen-

taba, a pesar de lo avanzado de la hora. El subprefecto había ido en persona a rectificar la cadena, que se descomponía por los empujones de algunos graciosos llegados del arrabal. La campana de San Saturnino tocaba a rebato con cascada voz; otro tambor tocaba llamada, más lánguidamente, al final de la calle. Por fin llegó la bomba, con estrépito de herraje estremecido. Separáronse los grupos; los quince bomberos de Plassans llegaron corriendo y jadeando; pero, a pesar de la intervención del señor Péqueur des Saulaies, aun se necesitó un cuarto de hora largo para disponer la bomba.

—¡Le digo a usted que el pistón no funciona! —gritaba furioso el capitán al subprefecto, que pretendía que las tuercas estaban demasiado apretadas.

Cuando salió un chorro de agua, la muchedumbre dió un suspiro de satisfacción. La casa ardía, desde la planta baja al segundo piso, como una inmensa antorcha. El agua entraba silbando en el fuego, en tanto que las llamas, desgarrándose en amarillos jirones, se elevaban más alto. Algunos bomberos habían subido al tejado de casa del presidente, cuyas tejas hundían a piquetazos para aislar el fuego.

—La barraca está perdida — murmuró Macquart, con las manos en los bolsillos, plantado tranquilamente en la acera y siguiendo con vivo interés los progresos del incendio.

Aquí, al borde del arroyo, se había formado un salón al aire libre. Los sillones estaban colocados en semicírculo, como para que se asistiera mejor al espectáculo. Madame de Condamín y su marido acababan de llegar. Apenas volvían de la subprefectura—decían,—cuando oyeron el tambor tocando llamada. El señor de Bourdeu, el señor Maf-

fre, el doctor Porquier, el señor Delangre, acompañado de varios miembros del consejo municipal, se habían también apresurado a acudir. Todos rodeaban a aquellas pobres señoras Rastoil, las consolaban con exclamaciones compasivas. La tertulia acabó por sentarse en los sillones. Y la conversación se entabló, en tanto que soplaban la bomba a diez pasos, y crujían las abrasadas vigas.

—¿Has cogido mi reloj?—preguntó madame Rastoil a su marido.—Estaba en la chimenea con la cadena.

—Sí, sí, en el bolsillo lo tengo—respondió el presidente, hinchado el rostro, tambaleándose de emoción.—También tengo la plata... Me lo habría llevado todo; pero los bomberos no quieren. Dícen que es ridículo.

El señor Péqueur des Saulaies seguía muy tranquilo y amable.

—Les aseguro que su casa no corre ningún peligro afirmó.—El fuego está aislado. Pueden ustedes llevar otra vez los cubiertos al comedor.

Pero el señor Rastoil no consintió en separarse de su argentería, que tenía bajo el brazo, envuelta en un periódico.

—Todas las puertas están abiertas—balbuceó.—La casa está llena de gente que no conozco... Me han hecho un agujero en el tejado, que me costará muy caro.

Madame de Condamín interrogaba al subprefecto.

—¡Es horrible! — exclamó. — Yo creía que los inquilinos habían tenido tiempo de ponerse en salvo... ¿De modo que nada se sabe del Padre Faujas?

—Yo mismo he llamado—dijo el señor Péqueur des Saulaies,—y nadie ha respondido. Al llegar los bomberos, he hecho derribar la puerta y he or-

denado que pusieran escalas en las ventanas... Todo ha sido inútil. Uno de nuestros valientes gendarmes, que se ha arriesgado a entrar en el vestíbulo, por poco se queda asfixiado por el humo.

—¿De modo que el Padre Faujas...? ¡Qué abominable muerte!—dijo estremeciéndose la hermosa Octavia.

Todos se miraron, lívidos entre la vacilante claridad del incendio. El doctor Porquier explicó que la muerte por el fuego no era quizá tan dolorosa como se creía.

—Queda uno desmayado—dijo al terminar.— Debe de ser cosa de pocos segundos. Claro que también depende de la violencia del fuego.

El señor de Condamin contaba con los dedos.

—Si madame Mouret está en casa de sus padres, como se dice, son cuatro; el Padre Faujas, su madre, su hermana y su cuñado... ¡Es bonito!

En aquel momento, madame Rastoil se inclinó al oído de su esposo.

—Dame mi reloj—murmuró.—No estoy tranquila. Te mueves y vas a sentarte encima de él.

Habiendo gritado una voz que el viento impulsaba las llamas hacia el lado de la subprefectura, el señor Péqueur des Saulaies, se excusó y se fué a poner remedio a aquel nuevo peligro. Entre tanto, el señor Delangre quería que se intentase el último esfuerzo para socorrer a las víctimas. El capitán de bomberos le respondió brutalmente que fuera él, si lo creía posible; decía no haber visto nunca un incendio semejante. El diablo debía de haberlo provocado. El alcalde, seguido de algunos hombres de buena voluntad, dió entonces la vuelta por el callejón de las Chevillottes. Quizá se podría subir al jardín.

—Sería muy hermoso, si no fuera tan triste—observó madame de Condamin, que se calmaba.

En efecto, el incendio era soberbio. Estelas de chispas subían entre anchas llamas azules; agujeros de ardiente rojo se veían en el fondo de cada ventana; en tanto que el humo salía despacito, alejándose en una gran nube violácea, parecida a la humareda de las bengalas en los fuegos artificiales. Señoras y señores se habían arrellenado en los sillones; estirábanse, se apoyaban con los codos, levantaban la barba; después había pausas, entrecortadas por observaciones, cuando se elevaba un torbellino de llamas más violento. A lo lejos, en la danzante claridad que iluminaba bruscamente profundidades de apiñadas cabezas, crecía el zumbido de la muchedumbre, un ruido de agua corriente, un estrépito sin fin. Y la bomba, a diez pasos, conservaba su aliento regular, su escupir de gaxnate de metal abrasado.

—Pero miren ustedes la tercera ventana del segundo piso—exclamó de pronto el señor Maffre, maravillado.— Se ve muy bien una cama que arde, a la izquierda. Las cortinas son amarillas. Se queman como papel.

El señor Péqueur des Saulaies volvía corriendo a tranquilizar a la tertulia. Era un pánico.

—El viento lleva las llamas a la prefectura, pero se extinguen antes de llegar. No hay peligro. Se ha dominado el fuego.

—Pero—preguntó madame de Condamin,—¿se sabe cómo ha estallado?

El señor de Bourdeu aseguró que había visto primero gran humareda que salía de la cocina. El señor Maffre, por el contrario, pretendía que las llamas habían aparecido primero en un cuarto del primer piso. El subprefecto movía la cabeza con aire de prudencia oficial; por fin dijo a media voz:

—Creo que la maldad no es extraña al siniestro. Ya he ordenado que se abra sumario.

Y contó que había visto un hombre que prendía fuego con una rama.

—Sí, yo también lo he visto—interrumpió Aurelia Rastoil.—Era el señor Mouret.

Fué una sorpresa extraordinaria. La cosa era imposible. ¡Mouret escapado y quemando su casa! ¡Qué espantoso drama! Y agobiaban a Aurelia a preguntas. La joven se ruborizaba y su madre la miraba severamente. No estaba bonito que una joven se asomase a la ventana todas las noches.

—Se lo aseguro a ustedes; he conocido al señor Mouret—afirmó.—No dormía, y me levanté al ver una gran luz... El señor Mouret bailaba en medio del fuego.

El subprefecto dió su opinión.

—Sí, señores, la señorita tiene razón... Ahora veo que era ese desdichado. Estaba tan horrible, que me quedé perplejo, aunque su rostro no me era desconocido... Perdónenme, pero esto es muy grave; es preciso que vaya a dar unas órdenes.

Y se fué de nuevo, en tanto que la tertulia comentaba la terrible aventura; ¡un casero que quemaba a sus inquilinos! El señor de Bourdeu se despotricó contra los manicomios; la vigilancia se ejercía de un modo muy insuficiente. En verdad, el señor de Bourdeu temía ver arder en el incendio la prefectura que le había prometido el Padre Faujas.

—Los locos son muy rencorosos—dijo sencillamente el señor de Condamin.

Esta frase turbó a todo el mundo. La conversación paró en seco. Las señoras sintieron leves escalofríos y los caballeros cruzaron miradas singulares. La casa incendiada era mucho más interesante desde que se sabía qué mano le había pren-

dido fuego. Los ojos, entornados por un delicioso terror, se clavaban en las llamas, pensando en el drama que debía de haber ocurrido.

—Si papá Mouret está ahí, son ya cinco—dijo el señor de Condamin, a quien las damas hicieron callar, acusándole de ser un hombre atroz.

Desde el principio del incendio, los Paloque miraban desde la ventana de su comedor. Éstaban precisamente encima del salón improvisado en la acera. La mujer del juez acabó por bajar para ofrecer hospitalidad a las señoras Rastoil, así como a los que las rodeaban.

—Desde nuestras ventanas se ve bien, se lo aseguro a ustedes—dijo.

Y como las damas rehusaran:

—Van ustedes a resfriarse—insistió.—La noche es muy fresca.

Madame de Condamin sonrió, alargando los piecitos, que mostró al borde de su falda.

—¡Sí, sí, frío!—respondió.—Yo tengo los pies que me arden... Estoy muy bien... ¿Y usted tiene frío, señorita?

—Demasiado calor tengo — aseguró Aurelia. — Parece una noche de verano. Ese fuego calienta de lo lindo.

Todos declararon que estaban bien, y entonces madame Paloque se decidió a quedarse, y a sentarse también en un sillón. El señor Maffre acababa de irse; en medio de la multitud, había visto a sus dos hijos en compañía de Guillermo Porquier; los tres habían acudido, sin corbata, desde una casa de los baluartes, para ver el fuego. El juez de paz, que estaba seguro de haberlos encerrado con llave en su cuarto, se llevó de las orejas a Alfonso y a Ambrosio.

—¿Y si fuéramos a acostarnos?—dijo el señor de Bourdeu, cada vez más huraño.

El señor Péqueur des Saulaies había vuelto a presentarse, infatigable, sin olvidar a las damas, a pesar de los cuidados de toda clase que le agobiaban. Vivamente salió al encuentro del señor Delangre, que volvía del callejón de las Chevillottes. Hablaron en voz baja. El alcalde debía de haber asistido a alguna escena horrible; se pasaba la mano por la frente, como para apartar de sus ojos la imagen atroz que le perseguía. Las damas sólo le oyeron murmurar: "¡Hemos llegado demasiado tarde! ¡Es horrible, horrible!..." No quiso responder a ninguna pregunta.

—Sólo Bourdeu y Delangre sienten la muerte del cura? murmuró el señor de Condamín al oído de madame Paloque.

—Tenían negocios con él—dijo ésta tranquilamente.—Mire usted, ahí viene el Padre Bourrette. Ese le llora de verdad.

El Padre Bourrette, que había formado parte de la cadena, sollozaba amargamente. El pobre hombre no oía los consuelos. No quiso sentarse en un sillón, y permaneció en pie, con los ojos turbios, viendo quemarse las últimas vigas. También se había visto al Padre Surin; pero éste había desaparecido, después de escuchar, de grupo en grupo, los informes que corrían.

—Vamos a acostarnos—repitió el señor de Bourdeu.—Yá es tonto quedarse aquí.

Toda la tertulia se levantó. Se decidió que el señor Rastoil, su mujer y su hija, pasarían la noche en casa de los Paloque. Madame de Condamín se daba golpecitos en la falda, levemente arrugada. Retiraron los sillones, y estuvieron en pie unos instantes, despidiéndose. La bomba seguía funcionando, y el incendio palidecía, en medio de una humareda negra. No se oían más que las debi-

litadas pisadas de la multitud y el hacha de algún bombero que derribaba alguna viga.

—¡Listo!—pensó Macquart, que no había abandonado la acera de enfrente.

Permaneció, no obstante, un momento más, oyendo las últimas frases que el señor de Condamín cruzaba a media voz con madame Paloque.

—¡Bah!—decía la mujer del juez.—Nadie le llorará, si no es ese tonto de Bourrette. Se había hecho insoportable, y todos éramos esclavos. Monseñor debe de reirse ahora... Por fin Plassans está libertado.

—¿Y los Rougon?—observó el señor de Condamín.—Deben de estar entusiasmados.

—¡Caramba! Los Rougon están locos de contento. Van a heredar la conquista del cura... Caro habrían pagado a quien se arriesgara a pegar fuego a la casa.

Macquart se fué descontento. Acababa por temer haber sido víctima de un engaño. La alegría de los Rougon le consternaba. Los Rougon eran unos pilletes que siempre jugaban con dos juegos y con los cuales siempre resultaba uno robado. Al atravesar la plaza de la Subprefectura, Macquart se juraba no volver a trabajar como entonces, a ciegas.

Cuando subía a la alcoba, en que Marta agonizaba, encontró a Rosa sentada en un peldaño de la escalera. La cocinera estaba amoratada de cólera, y gruñía:

—No, no, no me quedaré en la alcoba; no quiero ver esas escenas... ¡Que reviente sin mí! ¡Que reviente como un perro! Ya no la quiero; ya no quiero a nadie... Y vaya usted por el niño, para hacerle presenciar esto... ¡Y yo he consentido en ello! Me arrepentiré toda mi vida... El querubín estaba más blanco que su camisa... He tenido que

traerle del seminario aquí... He creído que se me moría por el camino, de tanto como lloraba... ¡Es un dolor! Y ahora está allí, besándola... A mí se me pone carne de gallina... Quisiera que la casa se nos cayera encima, para que acabáramos de una vez... Yo me iré a un rincón, viviré sola, no veré a nadie, nunca, nunca. Esta vida no es más que para llorar y para encolerizarse.

Macquart entró en la alcoba. Madame Rougón, de rodillas, se tapaba el rostro con las manos, en tanto que Sergio, en pie junto a la cama, con las mejillas chorreando lágrimas, sostenía la cabeza de la moribunda. Esta no había recobrado aún el conocimiento. Los últimos resplandores del incendio iluminaban la alcoba con un reflejo rojo.

Un hipo estremeció a Marta. Abrió los ojos sorprendida, y se incorporó para mirar en torno. Después juntó las manos con espanto indecible, y expiró, viendo, en la claridad roja, la sotana de Sergio.

FIN DEL TOMO II Y ULTIMO

**ÚLTIMAS PUBLICACIONES de la Casa Editorial  
Gassó Hermanos. - Sta. Teresa, 6-Barcelona**

**Hick-Carter**

El Enigma chino.  
El Ataud vacío.  
Los Crímenes sin rastro.  
El Círculo de pillos.  
En las garras de la muerte.  
El buitre y su presa.  
La carta del muerto.  
El ladrón de levita.  
La reina de los falsarios.  
Geisha.  
La Impostora.  
El cuadro robado.  
Los salteadores de trenes.  
Los monederos falsos.  
La loca secuestrada.  
La promesa del detective.  
Los crímenes de un cajero.  
Astucia y crimen.  
Los hermanos gemelos.  
El falso heredero.  
El guardián del tesoro.  
El crimen de una mujer.  
La enemiga implacable.  
La casa de los fantasmas.  
La mujer policía.  
El muerto vivo.  
La mano misteriosa.  
El discípulo del diablo.  
La hija del muerto.  
Curry el bandolero.  
Los bandidos de Porter's Pool.  
Lucha de detectives.  
La cuadrilla de espías.  
El peligro de una nación.

El rubí del rajá.  
Los nihilistas rusos.

**E. Zola**

Teresa Raquin.  
Los misterios de Marsella.  
Magdalena Ferat.  
La taberna.  
El mandato de una muerta.  
Una página de amor.  
La confesión de Claudio.  
La conquista de Plassans.  
El delito del Padre Mouret.  
La Ralea.  
La fortuna de los Rougon.  
El vientre de París.  
Su excelencia Eugenio Rougon.  
Cuentos á Ninon.  
Nuevos cuentos á Ninon.

**C. Braemé**

Dora.  
Azucena.  
Leonor.

**J. de Guevara**

Pensamientos para postales

RICARDO COLARUBIENSIS  
FONDO



